

de pueblos que, siguiendo el mar del Norte, se constituyó en la zona litoral de aluviones que se extiende desde el Slesvig al Paso de Calais; evidentemente á lo largo de las costas se propagaron esas tribus de ganaderos y de pescadores, *barbari circa maris littora degentes* (1), llamados á ser pueblos históricos. No todos, sin embargo, tuvieron la misma fortuna: los frisones, relegados fuera de las grandes vías continentales, viéronse condenados, á causa de su aislamiento, á una relativa insignificancia política, manifestándose todavía este aislamiento entre los insulares de Zelandia por la marcada originalidad de los trajes y hasta de los tipos. Otra cosa fué en aquel litoral germánico adonde iban á parar vías desde hacía mucho tiempo frecuentadas por el comercio: en las bocas del Rhin se formó el núcleo de Holanda; el de Flandes formóse también bajo la influencia de relaciones comerciales preexistentes.

Muy cerca del sitio en donde Carlos *el Calvo* construyó en 865 la fortaleza de Brujas para contener las incursiones de los normandos, había una importante red de vías romanas que se enlazaban con las grandes vías que partían de Colonia y de Reims por aquella encrucijada de Bavai, de donde arrancaban siete caminos ó calzadas de *Brunehaut*; de manera que allí iban á parar las líneas de una circulación activa que por dos distintos lados penetraban en el interior del continente. Expresión de estas relaciones fueron algunas famosas ferias que se celebraban en Thourout y más tarde en Brujas y en otras partes, y á las cuales acudían gentes de la Baja Alemania lo mismo que de Champaña. Gracias á los grupos de ferias que se celebraban en distintas fechas para comodidad de los mercaderes, constituíanse en otro tiempo focos comerciales, en los que la industria, segura de hallar salida para sus productos, establecía en condiciones muy ventajosas. De este modo se formó un vivero de ciudades, de talleres industriales de ferias ó puertos marítimos, entre los cuales brilló en primer término esa ciudad nacida en el fango de los aluviones y la arena de los eriales que se llama Brujas. Hoy vuelve á reinar en torno de ella la soledad; en vano se busca entre las praderas y los álamos el lugar en que se juntaban sus numerosas flotas, y ya no se oye en sus canales silenciosos el rumor cotidiano de sus grandes muchedumbres de artesanos; pero esto no significa más que una transplatación de la vida comercial que hoy se encuentra en Amberes. Esta parte de Europa, cuando las guerras no se han opuesto á ello, ha sido siempre un país de tránsito, un punto de reunión entre el Norte y el Sur, entre el continente é Inglaterra: tal es su destino, determinado por su posición geográfica. Desde la Edad media se nos presenta como la región más verdaderamente europea de todas las regiones de Occidente, aquella en donde se encuentran los comerciantes de Inglaterra, de Francia y de Italia, los marinos catalanes, venecianos y anseáticos. Su fama se extiende muy lejos; su aspecto, sus paisajes, sus diques son muy conocidos, y Dante toma de ella varias comparaciones (2). En cuanto á París, ha estado siempre, como lo está todavía, en comunicación natural con

(1) *Vie de Saint Eloi*, libro II, capítulo III (*Recueil des historiens des Gaules et de la France*, publicado por Dom Bouquet, tomo III, 1741, pág. 557).

(2) *Infierno*, cap. XV, versos 4-7.

las Flandes por una línea casi no interrumpida de vías fluviales; en París mismo se experimenta la sensación de este contacto; efectivamente, por la hendedura abierta entre Menilmontant y Montmartre precipítanse canales, fábricas, ferrocarriles, y la llanura misma parece huir hacia el Norte.

Mucho antes de que Guichardin escribiese en el siglo XVI que Flandes era «una ciudad continua,» los extranjeros se habían mostrado sorprendidos de la multitud de poblaciones que allí existían; en efecto, Suger en el siglo XII manifiesta el asombro que esto le produjo (3). Como en la actualidad, había allí un depósito de hombres cuyo exceso se desbordaba al exterior, llegando á veces bastante lejos; y era un problema siempre renovado el de asegurar la subsistencia de esas grandes poblaciones urbanas ó industriales, para lo cual fué preciso crear una agricultura intensa. Aconteció en aquellas regiones, durante la Edad media, el fenómeno que actualmente se observa en ciertos cantones estériles, en donde la hulla ha concentrado grandes aglomeraciones: en ellos la tierra se transforma y el suelo se enriquece gracias á los recursos que la ciudad pone á su servicio y al mercado que le ofrece. De este modo fué transformado en cultivo, en las inmediaciones de Gante, el país de Waes, erial arenoso; para que este terreno infecundo se convirtiera en una de las tierras agrícolas más ricas de Europa, necesitóse el esfuerzo de varias generaciones y fué menester el aguijón de la necesidad. La vida urbana estimuló en Flandes la vida rural que había de subvenir á sus necesidades.

Dadas estas condiciones, se comprende cuál fué la importancia capital de los medios de transporte. Este país industrial y urbano pidió á Inglaterra la primera materia de su trabajo, la lana, pero en cuanto á su subsistencia hubo de pedírsela á las llanuras limosas del Sur. Las comarcas más inmediatas no bastaban á aquellas multitudes, pero afortunadamente varios ríos, navegables hasta en su curso superior, ofrecían una vía fácil hacia las ricas llanuras del Mediodía de las Flandes, y merced á ellos las regiones de Tournai, de la Pevele, de Lilla, Bethune, Hazebrouck, Bergues y el mismo Artois, fueron los naturales graneros de los centros industriales del Norte. La rica agricultura de aquellos territorios se desarrolló en proporción de los mercados que á sus productos se abrían, y aun hoy en día los cereales son los que dominan en las llanuras arcillosas de las Flandes, estando muy por encima de los prados. Este hecho, que la naturaleza del suelo no explica suficientemente, débese tal vez á antiguas costumbres fundadas en relaciones históricas: todo centro urbano requiere una zona de aprovisionamiento; á ello proveyó la naturaleza estableciendo una comunicación fácil entre las regiones arenosas y las nutricias comarcas del limo.

El Norte y el Sur de las Flandes están en correlación múltiple de necesidades. Hacia el Sur, como las antiguas capas están cerca de la superficie, no faltan materiales de construcción, tales como las gredas de los alrededores de Douai, las calizas marmóreas de Tournai y los bancos de yeso sólido que asoman á flor de tierra cerca de Lilla. Las gredas de Douai y de Quesnoi han

(3) *Terra valde populosa*, *Vie de Louis le Gros*, cap. XXIX (edición A. Molinier, en la *Collection de textes pour servir à l'étude et à l'enseignement de l'histoire*, París, Picard, fascículo 4, 1887).

sido tan explotadas que en la actualidad se encuentran agotadas por completo; pero, en cambio, Tournai no cesa de proveer al resto de las Flandes y aun al Norte de Francia, de sus mármoles azulados, tan famosos que los vemos empleados hasta en la Picardía y en la Isla de Francia en el decorado de tantos antiguos templos. Por último, las cumbres gredosas grietadas que limitan la Flandes por el Sur, encierran en sus vertientes manantiales vivos y abundantes de donde se surten en la actualidad las grandes aglomeraciones urbanas.

La agrupación original de las Flandes se basa en estas relaciones de solidaridad recíproca, de comercio asiduo; un sello general marca sus costumbres, á pesar de sus diferencias étnicas, y se manifiesta en su arte y subsiste á pesar de las separaciones políticas. No cabe hablar de unidad propiamente dicha entre estas personalidades vigorosas, cada una de las cuales se encarna en una ciudad con sus monumentos, sus fiestas y su historia; pero toda la región hállase envuelta en una atmósfera de civilización común, civilización urbana municipal que, con la de Italia y de algunas partes de Alemania, fué uno de los frutos exquisitos de la historia de Europa.

Había, en efecto, en la reciprocidad de las necesidades y en las facilidades de circulación el germen de un rico desenvolvimiento de vida urbana: la expresión más brillante de este desenvolvimiento la hallamos en la Edad media, cuando, en un espacio limitado, se correspondieron como piezas de un organismo económico puertos marítimos, centros industriales, estaciones de barcos fluviales y mercados de granos; pero las raíces que engendraron esa fecunda y exuberante frondosidad se remontan á un pasado mucho más lejano.

Muy pronto se formaron ciudades al Este y al Oeste del Escalda, en la zona en donde las cumbres gredosas se inclinan en el umbral de la depresión húmeda. Muy cerca de las grandes vías romanas que se dirigían hacia la Bretaña y la Germania, en la cumbre de las colinas, á la salida de los valles, en las eminencias destacadas nacieron puestos militares, núcleos de ciudades como Terouanne en la parte bien definida y no pantanosa del valle del Lys, Arras entre un cinturón de colinas, Cambrai en la desembocadura del Escalda, ó en los montículos aislados en la llanura como Cassel y Tournai. Tal fué la primera serie urbana que estuvo durante largo tiempo en posesión de las llaves de aquel territorio y aun de los territorios vecinos. La llegada de los francos á Tournai y á Cambrai fué el indicio precursor de su preponderancia en la Cuenca parisiense.

La vida urbana estuvo primitivamente concentrada en esta primera zona, y hasta más tarde, sobre todo en los siglos IX al XII, no nació en los pantanos durante largo tiempo disputados por el mar y en los turbales que desde Saint-Omer á Marchiennes se extienden junto á la raya del Artois ó en las redes fluviales que rodean islas, una nueva generación de ciudades mucho más variadas, más originales y destinadas á muy distinta suerte: así nacieron Lilla, Gante, Brujas, etc. Entonces la vida se insinuó por gran número de arterias hasta el mismo interior del territorio; creó, en relación con las ciudades marítimas, los mercados de granos de Bethune, Saint-Omer, Bergues y Douai, y diseñó, por la línea de los pantanos que surcan el pie de las colinas gredosas,

el futuro sistema de canalización. Más adelante, estos pantanos sirvieron de fosos á plazas fuertes, siendo en número considerable las poblaciones, grandes ó pequeñas, que detrás de sus anchas zanjas contuvieron invasiones, sostuvieron sitios y conservaron una leyenda guerrera: encerradas dentro de sus rojas murallas de ladrillos, casi todas tienen alguna gloriosa historia de frontera que contar y no sin pena ven la mayoría de ellas caer en la actualidad su armadura.

Cada época de la historia ha hecho surgir en aquel suelo nuevas series de ciudades; algunas se extinguían mientras nacían otras, de manera que la formación urbana no se detuvo. A esto contribuye, á su vez, el subsuelo: hacia 1846, la explotación de la cuenca hullera, reconocida ya desde hacía cien años en Valenciennes, avanzó hasta Lens y Bethune; entonces, al lado de la ciudad, unidad armónica encerrada en un marco restringido, formóse aquí y allá un tipo que el pasado no conocía, la aglomeración industrial. Alrededor de los pozos de minas cuyos extraños contornos erizan la llanura agrícola de Lens, se alinean uniformemente, en número de ocho ó de diez, hileras de *corons*, tristes casitas que no se diferencian unas de otras y que nacieron en fecha fija para albergar las mismas existencias multiplicadas, como los cerros de un número. A veces el contraste reviste una forma sorprendente: Valenciennes, que de lejos se distingue, como en los cuadros de Van der Meulen, por las flechas elegantes de sus edificios, aglomera sus estrechas calles alrededor de su gran plaza; pero á sus puertas se extienden como una excrecencia las enormes afueras desarticuladas, con sus filas de casas, de tabernas y de fábricas.

Hay, pues, en esta Flandes, al lado de ciudades que tuvieron su momento de esplendor, pero que hoy parecen petrificadas en su pasado, otras en las cuales fermenta la vida, aunque todavía discordante en su precipitado crecimiento. La savia urbana no se ha extinguido aún; está en la historia y en la sangre de los habitantes. Los flamencos se han sentido ciudadanos y como tales han luchado contra el extranjero, el cual, á menudo, no era otro que el rey de Francia. Su patriotismo se personifica en monumentos: si Tournai, la vieja ciudad episcopal, tiene su soberbia catedral de siete torres, no hay ninguna que no pueda mostrar cuál sus mercados, cuál sus Casas Consistoriales, cuál su *maravilla*, el campanario y juego de campanas, símbolo y voz de la ciudad. Hasta en las ciudades muertas la plaza ancha é irregular destinada á las reuniones populares evoca el recuerdo de las muchedumbres de otro tiempo. Estas poblaciones han estado en guerra, pero también han mantenido constantes relaciones de comercio, de instituciones, de arte y de fiestas, y por encima de las diferencias de lenguas y de fronteras, que nos parecen tan acentuadas sólo porque las vemos en los mapas más bien que en la realidad viviente, continuaron fraternizando. Cierta alegría anima aquella vida urbana: Tournai y Lilla se dirigen mutuamente pullas más burlescas que injuriosas; la *reuse* de Dunkerque visita al *gayant* de Douai, y una especie de *folklore* urbano, desarrollado sobre todo en los dialectos populares, ruchi y valón, ha inspirado á poetas y á cancioneros multitud de frases zumbonas que unas ciudades á otras se lanzan. ¡Tanta verdad es que en todas las asociaciones humanas tiene

su parte la imaginación! Tales asociaciones deben excitar los sentimientos, herir los ojos por medio de espectáculos, encarnar las costumbres y los placeres: el flamenco se siente hijo de su patria como ciudadano de una población, como miembro de una corporación, como habitante de un barrio.

## II

## LA CUENCA PARIENSE

El umbral del Cambresis y las colinas del Artois separan las Flandes de la Cuenca parisiense: pasados uno y otras, se penetra en una gran región cuyas líneas principales se coordinan entre el Ardena, los Vosgos, la Cordillera central y la Armórica, revelando una unidad de estructura que, á pesar de muchos accidentes locales, permanece grabada en el conjunto. Es este territorio un campo de depresión en donde las zonas se suceden conforme á una disposición concéntrica alrededor de París; y esta disposición, que ya en el siglo XVIII entrevió Guettard (1), ha sido formulada en términos que la han hecho clásica por Elías de Beaumont en la introducción á su *Explication de la carte géologique* (2). La Cuenca parisiense es mucho mayor que la cuenca fluvial del Sena, pues de ella forman parte el Mosa

(1) Guettard, *Mémoires de l'Académie des Sciences*, 1746, página 363 (mapa y memoria).

(2) La Cuenca parisiense está circunscrita por una zona de terrenos jurásicos y luego de terrenos cretáceos que envuelven una región central compuesta de terrenos terciarios. Los mapas geológicos de nuestros Atlas han generalizado bastante el conocimiento de las principales regiones de la Cuenca para que podamos dispensarnos de insistir en este lugar sobre las mismas. Proceden esos mapas, en su mayoría, del que á la escala de 1 por 1.000.000 publicó el Ministerio de Obras Públicas, según los documentos del *Service de la carte géologique détaillée*. Respecto de la historia geológica de la Cuenca se encontrarán datos tan abundantes como precisos en el libro de M. Lapparent, *La Géologie en chemin de fer. Description géologique du Bassin parisien et des régions adjacentes* (París, Savy, 1888). Por regla general nos hemos ajustado á los límites señalados por este autor, exceptuando la parte oriental, porque aun cuando la misma inclinación de las capas se continúa, en efecto, hasta los Vosgos, nos parece preferible excluir de la Cuenca parisiense las formaciones triásicas lorenesas que corresponden al Oeste de los Vosgos en vez de las que se suceden al Este de la Selva Negra, incluyéndolas en la región renana, á pesar de que de este modo la Lorena se encuentra dividida en dos regiones distintas, pues no cabe la menor duda de que corresponden á la cuenca parisiense el territorio del Mosa y las colinas oolíticas que por Longuion, Metz y Nancy se extienden hasta Langres. Como en esta descripción era imposible separar lo que bajo tantos conceptos está unido, nos hemos decidido á agrupar el conjunto de comarcas que constituyen la Lorena, en la *Región renana* (sección III, capítulos I y II).

La idea geológica es naturalmente lo que nos sirve de guía en el orden de descripción de las diversas partes de la cuenca, y de este modo encontramos sucesivamente: 1.º, al Norte, la gran región limosa con subsuelo de greda que comprende no toda la Picardía, sino la provincia que desde Luis XI ha conservado oficialmente este nombre; 2.º, en el Centro, la parte de región terciaria hacia la cual se inclinan las capas geológicas y convergen los ríos procedentes de la periferia oriental de la Cuenca: centro y periferia están unidos por el Sena; 3.º, al Sur, la sucesión de los terrenos jurásicos, cretáceos y terciarios puestos en relación por el Loira; 4.º, al Oeste, la reaparición de las zonas jurásicas y cretáceas, que corresponde, si no á toda la Normandía, por lo menos á su parte principal, aquella en donde están Ruán y Caén, sus dos capitales históricas.

hasta el Ardena, el Loira en toda su lazada septentrional y los tributarios de la Mancha, entre Caén y Boulogne. El conjunto abarca una extensión superior á la cuarta parte de Francia, y esta región, que se distingue entre todas por la convergencia de los ríos, por la depresión de los umbrales intermediarios y por la variedad de los terrenos, reúne, por consiguiente, las condiciones mejores para aproximar entre sí á las poblaciones é inspirarles, por la comunidad de intereses, de invasiones y de peligros, un sentimiento de solidaridad recíproco.

Gracias á esta circunstancia, aquel hecho geológico constituye un gran hecho histórico. No hay en el resto de Francia región natural trazada á más grandes rasgos; no hay otra tampoco, salvo las Flandes, que se comunique más libremente con el exterior. Toda la influencia política que determinan la amplitud de las superficies, la facilidad de las relaciones y la variedad y la riqueza agrícolas, hállase reunida en la Cuenca parisiense; de aquí la preponderancia que ésta ha adquirido en los destinos históricos de Francia. Para la formación de un Estado es necesaria cierta subordinación de las partes que han de componerlo: el papel que han representado la Cuenca de Londres, la del Volga, la Llanura germánica en sus regiones respectivas es el mismo que estaba naturalmente llamada á ejercer con relación al resto de Francia la Cuenca parisiense.

## CAPÍTULO PRIMERO

## PARTE SEPTENTRIONAL.—LA PICARDÍA

La faja jurásica que señala la periferia de la Cuenca parisiense se interrumpe entre Hirson y Boulogne: primeramente desaparece debajo de las capas arcillosas que forman la región de herbajes y de setos vivos de la Thierarca; luego, hacia el Câteau, estas arcillas son á su vez substituídas por la greda blanca que forma las anchas cumbres agrícolas del Cambresis, y allí comienza la vasta zona gredosa que se extiende en Champaña como en Picardía. Estudiemos, en esta última, la fisonomía que aquella zona imprime al paisaje; pero antes debemos fijar la atención en un accidente notable que se presenta hacia el Oeste.

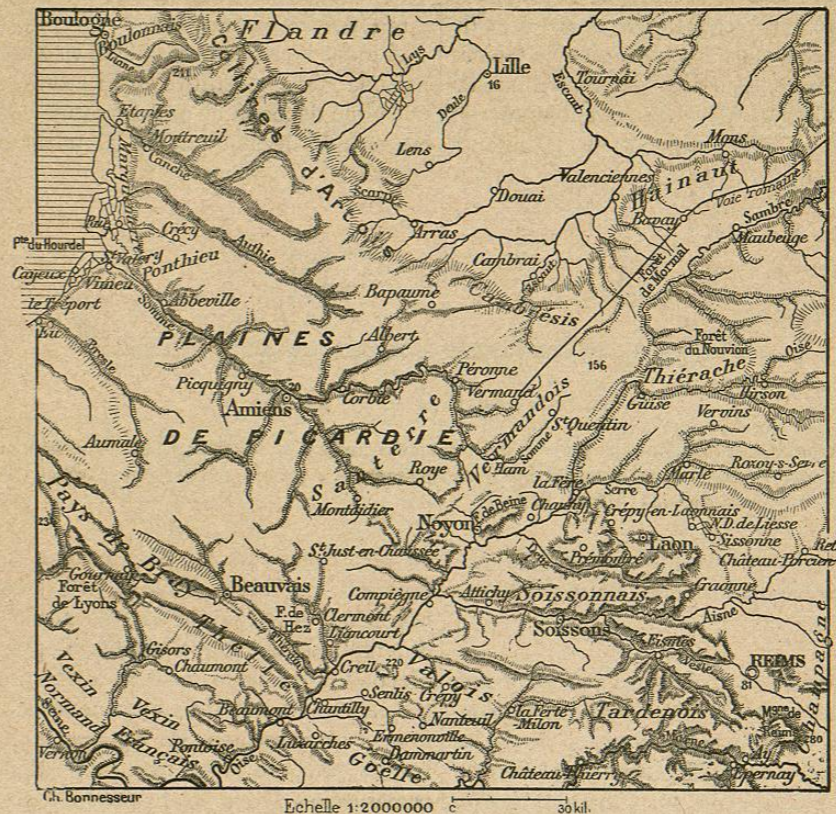
Si desde Cambrai y en dirección á Arrás seguimos el camino que corre en línea recta sobre los vestigios de una antigua vía romana, vemos cómo el relieve va presentando á la izquierda mayores accidentes. Al principio, más arriba de Arrás, se ofrece en forma de colinas recortadas; pero después, hacia Lens y Bethune, comienza á destacarse una línea continua de alturas, en la cual se fija la mirada con tanta mayor curiosidad cuanto que esta cresta uniforme, cubierta de bosques, difiere por su aspecto de los montículos franjeados que salpican la Flandes. Aquella línea domina, desde una altura constante de 100 metros, las depresiones que siguen sus bordes: desde el Norte, se la tomaría por una simple colina, pero detrás de ella hay otras separadas por una hondura de valle, y luego infinidad de mesetas que algunas raras corrientes de agua recortan en cumbres, siguiendo un paralelismo que no se desmiente hasta los límites de Normandía.

Y es que, en efecto, la Cuenca parisiense se halla surcada en su parte septentrional por una serie alternada

de convexidades y de pliegues que han afectado á las capas más profundas de la misma, preparando las vías de los valles actuales. La convexidad del Artois es la principal de esas anticlinales, del mismo modo que el valle del Somma es la principal de esas sinclinales. Una serie de ondulaciones, sensibles en la red fluvial, pero que se manifiestan sobre todo por la aparición de capas diferentes, determina, por consiguiente, la sucesión, en una dirección uniforme, de los pliegues en donde han

to mecánico en las profundidades de la corteza terrestre bastó para modificar enteramente la fisonomía de la superficie.

El Boulonnais es una empotrada abierta por desmoronamiento en el caparazón de greda. Interrumpido por la brecha del estrecho, continúa en el *Weald* inglés por los *North* y *South Downs*. Rampas uniformes y pedradas, señaladas al Sur por grandes fábricas de cemento, facilitan la ascensión lenta de sus bordes, hasta que



PARTE SEPTENTRIONAL DE LA CUENCA PARIENSE

Una serie de colinas profundamente recortadas señala la región terciaria que atraviesan los anchos valles del Soissonnais. Las diócesis de Laón, Noyón, Beauvais se agrupaban, lo propio de su metrópoli Reims, al borde de la región terciaria, y como las de Soissons, Senlis, Amiens, Arrás y Tournai, formaban parte de la provincia eclesiástica de Reims.

encontrado espacio los ríos y de las crestas cuya cumbre ha cortado la erosión. La greda, después de haberse elevado en las colinas de Artois, se hunde en el valle del Somma para surgir luego nuevamente en el País de Bray, en el cual, como en el Boulonnais, del que nos ocuparemos en primer término, la semejanza del fenómeno geológico ha engendrado notables analogías en el aspecto del suelo.

Hacia el Oeste, la convexidad del Artois se presenta extraordinariamente acentuada: las capas gredosas, elevadas á una gran altura, no han podido resistir á la denudación y han sido desmanteladas, apareciendo entonces en la superficie las capas anteriores que aquéllas cubrían, arcillas, gredas y calizas, «como un rincón de cielo en una escotadura de nubes (1)». De este modo se ha formado un país completamente diferente, ni picardo ni flamenco, el Boulonnais, país que, á pesar de su exigüidad, permanece distinto en la geografía lo mismo que en la historia. La exageración de un movimien-

de pronto se descubre un paisaje verde, accidentado, totalmente distinto del cinturón gredoso que lo rodea, fenómeno que se explica porque la aparición de capas más variadas y generalmente más tiernas ha permitido á la labor de las aguas esculpir de un modo desigual la superficie, crear un modelo en el que la diversidad de las superficies se traduce por frecuentes niveles de mantiales. Bosques y praderas se suceden alternativamente; varios ríos corren precipitadamente sobre lechos pedregosos; setos vivos, en los que el acebo se mezcla á menudo con el ojiacanto y con los sauces, marcan los bordes de pequeños caminos, mientras que en todas partes poco ó mucho, pero sobre todo en las alturas, aparecen diseminadas casas largas y bajas con las ventanas adornadas de flores y todas con sus huertos, sus prados ó sus campos. Algunas rocas más duras, de la edad jurásica, surgen todavía del suelo y forman cerca de Boulogne, el monte Lambert ó las escarpadas costas calizas de Griz-Nez; pero al Norte, hacia Marquise, la intensidad de la convexidad ha llegado á tal punto, que las rocas que aparecen en la superficie son las rocas

(1) Elías de Beaumont.